

Las muchas huellas de Faulkner*

Al mirar con ojos de lince el panorama de la narrativa de nuestra postguerra civil, María Elena Bravo observa que durante casi un cuarto de siglo apenas se percibe en España la presencia de W. Faulkner, bien porque sea un escritor de difícil lectura, bien

* *María Elena Bravo, Faulkner en España. Ediciones Península, Barcelona, 1985.*

porque las corrientes y los gustos que dominan en el país presentan pocas coincidencias con la línea trazada por él. Entonces se pregunta: ¿Se trata por consiguiente de un retraso; uno de tantos, o de un caso extremo de elitismo? «Posiblemente no es ni una cosa ni otra —responde—, sino un índice más de la falta de tonalidad de nuestro país en aquella infausta época, cuando los lectores de Faulkner no llegaban seguramente al millar.»

En enero de 1933 apareció el primer artículo escrito en español sobre William Faulkner, con el título «Dos escritores norteamericanos»; su autor fue Lino Novás Calvo y apareció en el número 115 de *Revista de Occidente*. «Los primeros años de aquel tercer decenio del siglo ofrecían —comenta Bravo—, cierta semejanza en España y en Estados Unidos, ya que se trataba en ambos casos de una época de grandes crisis políticas y económicas.»

En octubre de este mismo año, y también en *Revista de Occidente*, vio la luz un segundo artículo, debido a Antonio Marichalar, y tuvo un eco mucho más amplio que el primero, ya que se trataba del prólogo de la traducción de *Sanctuary* que realizó Lino Novás.

Finalmente, María Elena Bravo, señala como fecha importante, el año 1940, cuando Jorge Luis Borges tradujo *The Wild Palms* (Las palmeras salvajes). Esta versión se leerá mucho en España, así como el resto de las traducciones realizadas en Argentina durante el decenio de los años cuarenta. «Hispanoamérica se convertirá —añade—, así pues, en mantenedora de la comunicación con Faulkner para los enclaustrados lectores españoles de la posguerra.» En 1944, con motivo de la segunda edición de la traducción de Borges, la reseña de *Las palmeras salvajes* hecha por Paulino Garagorri, vuelve a despertar el interés del lector español por Faulkner, al reconocer este crítico los méritos del escritor americano como novelista excepcional. Otro acercamiento crítico muy valioso durante el decenio de los años cuarenta lo lleva a cabo Ricardo Gullón y es el fruto de un interés que surgió a raíz de la publicación de *Santuario*.

La profesora Bravo llega a la conclusión de que, si bien durante la década de los cuarenta el nombre de Faulkner no desaparece totalmente de la crítica española, es más bien una herencia o un reenganche a la actitud de la época de la República. «Se mantuvo la llama de la comprensión y de la exégesis —dice—, no se produjo una crítica abundante, pero se evitó la creación de un vacío a nivel crítico y se hizo posible la supervivencia de un talante exigente y riguroso.»

En lo que se refiere al panorama mundial durante este mismo período de tiempo, la autora del presente ensayo tiene la impresión de que Faulkner parecía inspirar a una «quinta columna» intelectual, como un signo de rebeldía ante cualquier encasillamiento simplista de la realidad, a la manera de lo que les ocurrió a los ex combatientes norteamericanos.

Los lectores españoles de Faulkner

José Suárez Carreño, el pintor Juan Manuel Caneja, y los que se agrupan en torno a ellos: Francisco Benet, Manuel Lamana, Fernando Chueca, Carmelo Goitia, Carlos Gurméndez, Nicolás Sánchez Albornoz..., son citados como los primeros lectores y admiradores de Faulkner en la España de la posguerra. Todos ellos intentaban recrear una

FUE que recogiese un poco el espíritu de la Agrupación al Servicio de la República; eran izquierdistas, pero no comunistas, diferían del Régimen cuyo tono triunfalista les ofendía; también diferían del marxismo, pues se trataba de un pequeño grupo de intelectuales independientes. «Faulkner se convirtió para ellos en un mito —comenta Bravo—. Conseguían sus obras importadas de Argentina y leyeron *Luz de agosto*, *Las palmeras salvajes*, *El villorrio*, *Intruso en el polvo*.» «Admiraban además en el novelista —añade—, su independencia ideológica, el no haberse adscrito a ningún bando, ya que ellos se consideraban políticamente no alineados.»

El presente ensayo destaca el hecho de que los lectores españoles de los años cuarenta dieron muestras de gran tenacidad y resistencia, ya que las circunstancias oficiales empañaron el ámbito cultural, pero no pudieron impedir su expansión. La situación producida en España por la actitud cultural de la posguerra redujo a servidumbre a estos lectores, pero no consiguió dominarlos por completo.

Un ambiente parecido al que se ve en Madrid entre los lectores de Faulkner, es el de Barcelona de aquella época. El pequeño grupo catalán contribuirá sustancialmente a la ampliación del radio influyente de Faulkner, efecto que consiguen de dos maneras: en primer lugar, porque se trataba de futuros novelistas, a través de las propias obras; en segundo, a través de las traducciones que ellos mismos realizarán. Entre otros, destacan los nombres de Ramón Folch, Andrés Bosch, Jorge Ferrer Vidal-Turull, Ricardo Fernández de la Reguera, etc.

El culto a la crueldad

El primer paralelismo que la profesora Bravo establece entre el novelista americano y un novelista español, Cela, lo hace con dos obras clave de cada uno de estos literatos: *Santuario* y *La familia de Pascual Duarte*, la primera publicada por primera vez en 1931, y la segunda en 1942, once años después.

De *Santuario*, Faulkner decía que era «una idea chabacana concebida deliberadamente para hacer dinero». Cela, por su parte, dijo en su día de *La familia de Pascual Duarte*: «Empecé a sumar acción sobre acción y sangre sobre sangre y aquello me quedó como un petardo».

Las dos novelas comparten un tono pesimista, presentan mundos en crisis, valores que se desmoronan y seres humanos arrastrados por esa hecatombe. El primer aspecto que empareja a las dos obras es el escatológico violento, que choca contra la actitud estética y la ética tradicional.

El *Santuario* de Faulkner marcó pauta entre los novelistas de su tiempo, hasta llegar a crear con su influencia lo que se llamó «Escuela de culto a la crueldad», escuela que marcará profundamente al tremendismo español.

«Hay una serie de circunstancias —dice María Elena Bravo—, tanto de orden social como derivadas de una actitud humana y artística muy parecida entre Faulkner y Cela.»

La novela de Ricardo Fernández de la Reguera, *Cuando voy a morir*, que fue Premio Ciudad de Barcelona en 1951, es comparada con *Las palmeras salvajes* de Faulkner, porque en ambas se expresa el mismo afán de detener el tiempo y la misma derrota.

El esquema de ambas novelas cuenta con situaciones parecidas; presenta como conflicto una historia de amor, su gestación, su desarrollo y desenlace.

La autora de *Faulkner en España* afirma que la respuesta a la lectura del novelista americano en los años cuarenta fue «vigorosa y original». Original por la inmediata comprensión con que su obra se recibió en nuestro país por parte de grupos o individuos que, manteniéndose al margen de una cultura muy mediatizada desde estamentos políticos, lograron conseguir unos conocimientos y una curiosidad intelectual que mantuvo su vitalidad creadora.

Gradual salida del túnel

Mil novecientos cincuenta fue un año importante para la gradual salida del ostracismo en que España había vivido los años anteriores. A partir de estas significativas fechas de sucesivas aperturas al exterior, también empieza a ser frecuente el encontrar referencias a Faulkner en revistas literarias y en diarios. «Contrasta esta circunstancia —escribe Bravo—, con la anterior de crítica escasa y lectura intensa.»

José María Castellet es citado como el crítico español de esta etapa que más influyó en los jóvenes novelistas de nuestro país, al mostrarse abiertamente partidario de la novela norteamericana y francesa, apoyando claramente la obra de Faulkner. Esta postura dura sólo un cierto tiempo, porque a medida que el realismo crítico se inclina hacia el objetivismo, las novelas de Faulkner van perdiendo interés para el grupo encabezado por Castellet.

José María Valverde y Arturo del Hoyo también son recordados como personajes que se han ocupado de la obra de Faulkner en repetidas ocasiones. En esta misma línea crítica es citada Concha Zardoya. Según afirma la profesora Bravo, todos los incipientes escritores de los años cincuenta leyeron a Faulkner. Efectivamente, parece ser que fue uno de los autores favoritos de Ignacio Aldecoa y su grupo de amigos: «Ignacio —son palabras de la esposa de Aldecoa— colocaba a Faulkner entre los grandes con Dostoiewski; hablábamos mil veces de ellos...»

Elena Quiroga, reconocida por su espíritu independiente, más allá de cualquier capilla o consigna, tampoco queda a salvo de la influencia de Faulkner, hasta el punto de que en su obra *La careta*, críticos como Eugenio de Nora, detectan una «técnica visible y deliberadamente faulkneriana». Por su parte, Elena Quiroga aclara: «Para mí el descubrimiento de Faulkner fue un enriquecimiento de la fórmula novelística. No se trataba exactamente de influencias, sino de escribir después... Quiroga dice que lo que le interesa de esa forma de novelar es: «El ritmo de su narración total, la voz musical potente que crea el mundo, el uso del tiempo, el papel de la infancia en la realidad del hombre adulto, la relación entre el subconsciente y lo real de la vida, su poesía oscura y su misterio, la técnica y las estructuras, el montaje de la novela porque es real y no artificioso y, finalmente, las imágenes bíblicas y el uso que hace de la mitología».

La careta, publicada por primera vez en 1955, es una obra de gran interés en el recorrido literario de Elena Quiroga, y también en la novela española de los años cincuenta. El planteamiento que la autora hace del mal, la responsabilidad, la verdad y

la autoaceptación o la mentira y el autorrechazo presenta —en opinión de la profesora Bravo—, un gran parecido con *Requiem for a Nun*.

Los hijos muertos, de Ana María Matute, también se considera que tiene un eco general de Faulkner. Uno y otra, escriben sobre la gente, el hombre en su lucha constante con su propio corazón, con el corazón de los otros y con sus propias circunstancias. En la obra de Matute aparecen aspectos tratados en *El ruido y la furia*, *Desciende, Moisés* y *¡Absalón, Absalón!*; el nacimiento, el esplendor y la decadencia de dinastías familiares y la relación entre vida y tradición.

La novela que ganó el Premio Nadal 1960 y el Premio de la Crítica de 1961, *Las ciegas hormigas*, de Ramiro Pinilla, según la profesora Bravo, debe mucho a una lectura atenta de Faulkner. Con motivo de su primera edición, los críticos ya lo apuntaron, y el propio Pinilla tampoco lo negó. Bravo piensa que Faulkner le dio a Pinilla «la posibilidad de enfrentarse con un material novelístico que ya poseía previamente, proporcionándole la lectura una manera de expresar ese mundo. La obra de Pinilla, una vez retirada la falsilla que pudo constituir la ayuda de Faulkner, supervive por sus propios méritos».

En la novela que se publica en España durante la década de los cincuenta, se hace perceptible la lectura de Faulkner en diversos aspectos, en muchos autores; el ensayo que comentamos, cita, entre otros, a Pedro de Lorenzo, Alejandro Núñez Alonso, Andrés Bosch, los hermanos Goytisolo, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Jesús López Pacheco, Ildefonso Manuel Gil, etc. «La deuda que la novela española de los años cincuenta revela con relación a la obra de Faulkner es muy considerable —comenta María Elena Bravo—. Durante estos años, se constata casi una ansiedad por parte de los jóvenes para crear una novela que se inspirara con preferencia en los modelos buscados fuera de las fronteras nacionales. William Faulkner fue uno de los modelos.»

Difusión que no decae

Durante los años sesenta y comienzo de los setenta, la obra de Faulkner adquiere una difusión cada vez más considerable. El hecho de que el novelista falleciese en 1962, fue aún motivo de una mayor atención. En España, concretamente, por entonces llegó a ser reconocido como figura universal.

Si como tantas veces se ha dicho, para muestra vale un botón, entre los muchos comentarios que los críticos españoles han hecho en torno a Faulkner, citamos lo que Tierno Galván dice en sus *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad Moderna*: «La literatura de violencia emocional y del aire libre de Hemingway y la violencia doméstica y obsesiva de Faulkner son un reactivo que, salvadas las distancias, equivale a la aportación de *El lobo estepario* de Hesse».

Bien entrados ya en la década de los ochenta, María Elena Bravo señala en su reciente trabajo sobre Faulkner, cómo la fiebre faulkneriana ya ha pasado, y que todo apunta a que, en la actualidad, se está fraguando una nueva novela: «A la vista de las ediciones de Faulkner —dice—, en esta última etapa de su penetración en España y de la comprensión que refleja la crítica, se puede decir que el novelista ha pasado a formar parte de un patrimonio cultural. Leer sus novelas ya no es ni descubrimiento ni desafío, y

sí, en cambio, en algunos casos, como se verá, un autor que no ofrecerá curiosidad que compense la laboriosidad de la lectura. Su influjo, sus radicales innovaciones, vendrán ya en la pluma de otros novelistas y las huellas de lecturas penetrantes se borrarán poco a poco».

La profesora Bravo cita como otros caminos de penetración de Faulkner en España, la nueva novela francesa y, sobre todo, la novela hispanoamericana: Rulfo, Vargas Llosa, Fuentes, García Márquez.

En opinión de Félix Grande, que la autora de *Faulkner en España* recoge en su trabajo, «A Faulkner lo conocieron y se interesaron por él todos los novelistas más inteligentes», y considera que «es uno de los diez nombres fundamentales en lo que va de siglo». Para constatar el peso de la lectura de Faulkner en España y la influencia que ha tenido en nuestros novelistas de los últimos tiempos, el presente ensayo finaliza sus páginas analizando tres novelas que a la autora le parecen claves: *Cinco variaciones*, *Tiempo de silencio* y *Volverás a Región*.

Tres autores, tres novelas

Cinco variaciones, de Antonio Martínez Menchén, apareció en 1963, y es un testimonio de la búsqueda a la que se dedicaron los jóvenes de los años cincuenta en su afán por renovar la novela española. Martínez Menchén es situado entre Faulkner y Joyce, advirtiéndose la presencia del primero en el uso estructural de símbolos, los espejos como emblema de la propia novela; en la combinación de diversos tonos narrativos, especialmente en la representación del paso de la conciencia a la subconsciencia mediante el uso de la tercera persona subjetiva y de los diversos grados de monólogo interior; por último, en la creación de los ambientes estancados y resentidos.

«La diferencia básica entre Faulkner y Martínez Menchén —dice María Elena Bravo—, es la falta de dinamismo argumental, y aquí surge el parecido, de carácter más negativo, con Joyce.»

Al referirse al autor de *Tiempo de silencio*, la profesora Bravo opina que éste y W. Faulkner muestran gran afinidad en los presupuestos filosóficos y estéticos que cobran vida en sus respectivas creaciones. Ambos escritores crean una obra dinámica que exige una constante participación del lector. Por su parte, Martín Santos enseguida comprendió el excelente vehículo que proporcionaba la novela faulkneriana para expresar los problemas existenciales.

En opinión de Bravo, Martín Santos «de Faulkner ha tomado el concepto de tensión entre opuestos manifestado en la palabra, en el tono, en la presentación de los personajes, en la situación límite, en la perpetua moción que postula un equilibrio que ha de buscar el lector, el equilibrio que sugiere ese espacio silencioso que queda entre dos tensiones opuestas y simétricas; todos estos conceptos son indudablemente los originadores de lo que Martín Santos designó como realismo dialéctico».

En lo que se refiere a Juan Benet, el presente ensayo reconoce que su obra constituye la búsqueda de una contribución original a la novela española. Al hablar de *Volverás a Región* y su relación con la obra del escritor sureño, la autora del trabajo que comen-

tamos dice: «La novela que crea Faulkner, que crea Benet, no explica la vida, trata de reflejar la vida en su maraña. Al leer sus escritos no actuamos como testigos de otras vivencias, sino que la novela, subrogado de la vida y vida misma, nos hace conocer mejor el enigma de nuestra naturaleza, nos enfrenta con el problema de la lengua, de la memoria, de las creencias y del conocimiento por vía artística, es decir, por una vía intuitiva que resiste a la lógica y a la razón y es distinta a la ciencia y a la historia».

En otras muy distintas novelas de los años sesenta y setenta, continúa viendo María Elena Bravo la influencia de Faulkner de manera más o menos matizada, y cita *El miedo y la esperanza*, de Alfonso Martínez Garrido; *El ruido y la furia*, de Antonio Ferres; *Las ratas*, de Miguel Delibes; *Un olor a crisantemos*, de Segundo Serrano Poncela; *Florido Mayo*, de Alfonso Grosso; *El libro de las visiones y las apariciones*, de José Luis Castillo Puche, y muchas más.

«En todas estas novelas —dice María Elena Bravo—, escritas durante el último período del franquismo se observa una actitud de examen de conciencia, en la que el personaje narrador indaga los efectos de la sociedad en su devenir individual y su responsabilidad personal, a la manera de Quentin y su atormentado y comprometido sentir con respecto al Sur.»

Después de leer con atención este exhaustivo ensayo, no cabe más que reconocer la gran influencia que William Faulkner ha tenido en nuestra novela contemporánea, marcando nuevos y diversos derroteros.

Isabel de Armas